



www.loqueleo.santillana.com

Título original: EL DETECTIVE CARDONA

© 2017, Armando Almánzar

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-664-1

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora de Revistas, S.R.L.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: abril de 2018

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustración de cubierta: Tulio Matos

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El detective Cardona

Armando Almánzar

loqueleg

A Patricia, mi esposa.

La mano

Casi como el Innombrable, o sea, el Gran Almirante, del cual se dice, según es fama, que quien pronuncia en alta voz su nombre atrae la mala suerte, había hecho el capitán Cardona un tremendo descubrimiento.

7

Luego de encontrarse en una sucursal bancaria con un viejo amigo de la universidad, este le había invitado a una cafetería y, a pesar de que eran apenas algo más de las siete de la noche, el oficial, que andaba de civil, accedió.

Así fueron a dar al lugar por esa particular circunstancia descubierto. «Tambourini», un lugar pequeño, bueno para comer cosas ligeras.

Cerca ya de las diez de la noche, con un par de emparedados ingeridos, y ciertos vapores danzando dentro de su despreocupada mente de investigador (en especial porque, no siendo ya el novato de la institución policial, meses y meses transcurriendo sin que sucediera nada que pudiera hacerle esforzarse más de lo normal, se estaba dando a la molicie y a la rutina; disfrutando de su apartamento, de su cada vez más amplia colección de discos clásicos y de jazz que ahora podía escuchar a su

antojo a cualquier hora del día o de la noche, siempre sin abusar de los vecinos), casi a punto de dar las diez, repetimos, sucedió algo que le sacudió.

Estaban él y su amigo sentados en una discreta mesita situada en una esquina del escueto salón cuando se les acercó una jovencita de unos trece o catorce años, una de esas infelices que, hasta tarde en la noche, se dedican en las esquinas de las avenidas principales a vender ramos de flores y, al llegar junto a ellos, preguntó, algo envarada:

8

—¿Cuál es el capitán Cardona? —ella permaneció allí parada exhibiendo sus harapos, su delgadez y el tono macilento de su piel, y los otros dos, sorprendidos, la miraron de arriba abajo. Llevaba un paquete mal envuelto en sus manos, una caja de unas doce o catorce pulgadas de largo por tal vez siete u ocho de alto y lo mismo de ancho.

Cardona, aún sorprendido, reaccionó, mirando a la chica y, luego, al amigo.

—Yo soy el capitán Cardona. ¿Qué se te ofrece?

Y ella, sin decir palabra, le puso el paquete casi en las narices y apenas esperó a que lo tomara en sus manos para salir a escape, dejándoles a los dos sin saber qué hacer.

Pasada la sorpresa, Cardona levantó el paquete, sopeándolo en sus manos, se lo puso cerca del oído derecho, en previsión de sorpresas explosivas, volvió a moverlo como tratando de saber, por el sonido que escuchaba al sacudir la caja, qué podía contener; luego, lo puso en una esquina de la pequeña mesa y se quedó mirándolo fijamente.

—Pero... vamos a ver... ¿por qué...? —no dijo nada más; su rostro parecía un modelo de estupefacción observando el paquete, al amigo y de nuevo al paquete.

—A mí no me mires, yo estoy tan sorprendido como tú.

Y miró también el paquete, luego al estupefacto detective.

—No acabo de entender...

Y Cardona volvió a levantar la caja, tornó a sacudirla, escuchando de manera indistinta algo que se movía dentro, algo de cierto volumen, un objeto bastante pesado para su tamaño, un objeto que golpeaba las paredes de cartón cuando la caja era sacudida.

—Bueno, lo único que puedo hacer es... abrir esta vaina —y procedió a arrancar el papel de periódico que malamente cubría la caja, una vulgar caja de cartón corrugado parduzco, en tanto su compañero de mesa, de manera instintiva, retrocedía unas cuantas pulgadas con todo y silla, algo que provocó una sonrisa a Cardona aunque, a pesar de su aparente despreocupación, procedió a levantar la tapa de la caja con sumo tiento.

Al ver el contenido de la caja desde arriba, sin que recibiera directamente la débil luz, Cardona no supo a ciencia cierta qué cosa era eso que reposaba en el fondo. Y por ello se inclinó hasta que su nariz casi rozaba el borde. Su respingo fue tal que golpeó la mesa por debajo, derribando los vasos que, para su suerte, estaban casi vacíos.

Repuesto ya de la enorme sorpresa, asomó de nuevo a la caja, la volteó para que le diera la luz de la lamparilla a su interior, y observó fijamente, en tanto su sorprendido

compañero, que también había brincado de puro susto ante la reacción del amigo, miraba a la caja y al detective sin saber qué hacer.

—Pero... pero... ¿qué es lo que tiene la caja, Cardona?

Y el oficial, sin responder, volteó el recipiente en dirección al otro, poniéndolo de manera que le diera la débil luz.

Entonces fue el amigo quien, luego de observar con esfuerzo, retrocedió con aire espantado.

10 —Es... es... y se atragantó antes de terminar la frase.

—Una mano, es una mano —dijo Cardona, volviendo de nuevo la caja hacia él, colocándola entonces sobre la mesa y, con sumo cuidado, despacio, metió su mano en la caja hasta tocar aquello que tanto les había sorprendido.

—Y está aún muy fría, se ve que la tenían refrigerada —y ante la mirada inquisitiva del otro, insistió—, la tenían en un congelador, en una nevera.

El amigo no dijo palabra, tan sorprendido seguía, y fue Cardona quien habló de nuevo.

—Lástima, pero tengo que irme, tengo que llevar esto a Patología Forense, y rápido. Vamos a pedir la cuenta —y se levantó llamando al mozo.

Esa noche no pudo dormir. Luego de llevar el endiablado objeto a las oficinas de Logroño, y después de esperar a que el médico de turno escuchara sus reiterados timbrazos en la puerta de entrada, cerrada a piedra y lodo, a pesar de que no eran ni las diez y treinta de la noche, regresó a su apartamento y no pudo quitarse de la mente el impacto inicial por distinguir lo que reposaba en el fondo de la caja

de cartón y, cuando, quién sabe cuánto tiempo luego de acostarse, en medio de las brumas de la duermevela, sintió que una mano, aquella mano fría, se aferraba a su cuello, despertándose entonces aterrado buscando, desesperado, aire para llenar sus pulmones.

A la mañana siguiente, no bien llegó a su oficina, luego de sortear el ríspido saludo de la señorita Odette, despachar unos pocos asuntos sin importancia y firmar algunos papeles, llamó por teléfono al gordo jefe de la oficina del forense a quien recién había conocido y que, recordando las películas de Alfred Hitchcock, se le parecía mucho, en especial cuando inflaba los mofletes pero, sobre todo, por su peculiar sentido del humor, más negro que la conciencia de un SS.

11

Y el hitchconiano científico, para no variar, le soltó una de las suyas:

—Mi querido amigo Cardona, ya sé que usted se alegra siempre de darme la mano, pero, ¿qué necesidad tiene de dármele y dejarla en el refrigerador?

El capitán escuchó la risita suave del mofletudo antes de responder.

—Mucho me alegro de que despierte de buen humor, doctor Logroño; yo, en cambio, estoy un tanto preocupado. Pero, olvide, vaya trabajando con mi regalo que voy hacia allá en cosa de minutos.

En efecto, a las diez de la mañana ya estaba el capitán detective Cardona frente a una de las mesas de disección de la morgue, en la cual reposaba, pálida y yerta, la malhadada mano y, frente a ella y a él, el rubicundo forense.

—Quiere decir, Cardona, que usted recibió esta mano como otros reciben una caja de dulces o una corbata, que se la mandaron como regalo —le dijo mirando la mano, luego al oficial, sonreído.

—En efecto, tal y como usted lo dice. Y, fíjese, doctor, el problema es que tengo un enorme surtido de preguntas y ninguna respuesta. Por ejemplo, para empezar, ¿de quién es esa mano? A su propietario tienen que haberle asesinado, porque... —titubeó, lo que aprovechó el otro para meter baza.

12

—No necesariamente; usted puede con toda la facilidad del mundo cortar a alguien una mano, dejarle encerrado por ahí, y disponer de la mano como le venga en ganas —y la risilla sarcástica le infló los mofletes mientras miraba por encima de sus lentes a su interlocutor.

—Sí, todo es posible. Pero, de todos modos, la pregunta se mantiene: ¿de quién es la mano? Y también le haré otras: ¿A quién mató para cortar la mano? Sí, ya lo sé, y cambio: ¿Quién cortó esa mano y para qué? Y, para culminar, ¿por qué razón le cortan la mano a alguien y me la mandan a mí?

—Eso, mi muy querido capitán, aparte de que quien se la envió había estado allí, en el bar, quizás en la mesa junto a la suya, que a lo mejor salió, buscó a la muchachita, le pagó para que hiciera el mandado y, luego, volvió para verle la cara de susto cuando abriera la caja, ¿no le parece?

Cardona, sorprendido, se rascó la cabeza mientras miraba atentamente la mano que reposaba en la camilla.

—Sí, a lo mejor... —musitó, en tanto seguía mirando el objeto de sus desvelos. Luego, le quitó la vista de encima y miró al gordo— bueno, veamos, ¿qué puede decirme de la mano?

—Pues, no mucho. Tengo las huellas digitales que usted podrá luego comparar en su archivo, si acaso son de algún criminal fichado; sé que se trata de un hombre que debe andar por los cuarenta, mestizo y, si no estoy muy mal en mis deducciones, me atrevería a afirmar que es de profesión barbero o sastre. —Y se contoneó, orondo, satisfecho de su demostración de habilidad.

—¿Barbero o sastre? ¿Y eso por qué, Logroño?

El forense levantó entonces la mano con cuidado, la puso a la altura de los ojos de Cardona, quien no pudo evitar retroceder un par de pulgadas, y dijo:

—Observe, fíjese y aprenda, mi querido amigo. Esta es una mano derecha de un hombre que la usa normalmente... es decir, usaba; pero el caso es que lo que tiene que mirar son estas marcas en los dedos pulgar e índice y, un poco menos, en el mayor; esas son las marcas que deja el uso prolongado de unas tijeras —y entonces, el doctor, sin titubear, sacó de uno de los bolsillos de su blanca bata unas tijeras comunes, se las colocó a la mano en primer lugar y, luego, se las pasó al detective—, póngalas en su mano, haga como que va a usarlas.

Aunque con un ligero gesto de asco, Cardona tomó las tijeras que acababa de «usar» la mano, y las colocó como si fuera a usarlas. En efecto, comprobó, los agujeros por los cuales tenía que meter los dedos debían dejar marcas

en los lugares señalados por Logroño, en el dedo pulgar, primera falange, por ambos lados, en el índice, segunda falange, por ambos lados, y en el mayor, segunda falange, por el lado interno, junto al índice.

—Vaya, usted es uno de los siete sabios de Grecia, doctor Logroño, le felicito y me felicito por su descubrimiento, algo que me puede llevar a localizar a la víctima con mayor facilidad, aunque, por supuesto, debe haber miles de barberos y sastres.

14 —Pues, para que vea, no tiene que buscar entre tantos —dijo el gordo, siempre con su sonrisa socarrona.

—¿Cómo que no? —dijo Cardona, siempre suspicaz porque, en ocasiones, le parecía que el veterano forense se burlaba de su inexperiencia.

—Claro que no, no tiene que buscar entre tantos, solo tiene que buscar uno, el que falta en el grupo. Ahí, donde esté el hueco, está su hombre. Luego, lo único que tiene que hacer es saber por qué le mataron o, tal vez, solo por qué le cortaron la mano. Quién sabe, a lo mejor el autor es alguien que tiene muchos guantes de la mano izquierda y quiere tener clientes seguros —y entonces sí se rió Logroño; su rostro congestionado, sus cachetes inflados, puro Hitchcock.

Pero él, Cardona, no tenía muchos deseos de reír en ese preciso momento.

En efecto, como dijera Logroño, no tuvieron que esperar mucho para descubrir la identidad del propietario de la susodicha mano. Dos días después, hurgando entre las denuncias de personas asesinadas o desaparecidas que se recibían en la institución, apareció el nombre de Arsenio

María Manzanillo, peluquero, barbero o como se le quiera llamar, que no había regresado a su hogar en San Carlos desde cuatro días antes. Fueron al hogar del mencionado, hablaron con la muy preocupada esposa, tomaron huellas digitales de objetos personales del Arsenio y, en efecto, ese era el propietario de la mano.

Y, dos días después, apareció el resto del cuerpo ya descompuesto en unos matorrales, justo a la altura del kilómetro 24 de la carretera Mella. Arsenio María Manzanillo reflejaba el terror en el rostro, la boca amordazada, las manos atadas a la espalda, los pies también atados, las cuerdas tan apretadas que laceraron sus carnes.

Entonces, la pregunta obligada: ¿a quién beneficia la muerte de un pobre barbero de barrio? Por un lado, estaba claro que a la desconsolada esposa no, porque había perdido casi todo su sostén económico. Pero, además, no podía ni soñarse a aquella mujer cortándole la mano a su marido para luego introducirla en una caja y hacérsela llegar a él, a quien no conocía ni por señas.

Y, tres días después, apareció otra mano, nada menos que en el mismo estacionamiento del Palacio de la Policía.

Esa mañana, a eso de las once, mientras Cardona se devanaba los sesos buscando por dónde entrarle al caso manituoso, el enjuto teniente Elías entró a las oficinas y dijo a la señorita Odette que algo debía estar pasando.

—Hay un tumulto ahí fuera, voy a ver lo que está pasando —y la gorda, sin levantar la vista de la revista *Vanidades* cuyas páginas de moda observaba, emitió una especie de gruñido como respuesta.

Antes de cinco minutos, Freitas entró a escape, los ojos muy abiertos, pasó como tromba frente a la paquidérmica y abrió de un golpe la puerta de Cardona.

—Jefe, venga —y se atragantó antes de poder seguir, mientras el detective, doblemente enfadado, primero porque no le gustaba que le dijeran «jefe» y varias veces lo había dicho y repetido a sus subalternos, y segundo por la intempestiva, violenta entrada del flaco, se quedó mirándole mientras respondía, calmoso.

16 —Pero... ¿qué le pasa, Freitas? ¿Dónde quiere que vaya y para qué? Vamos, respire, hable con calma, explíquese —y se recostó en su sillón en tanto el teniente, casi colgado del marco de la puerta, respiró hondo y, luego, habló de nuevo.

—Es que... ahí, en el patio, encontraron —y miró en dirección hacia el estacionamiento, respirando de nuevo con fuerza, mientras miraba a su superior— ...encontraron... ¡encontraron otra mano!

Entonces fue Cardona quien se levantó con violencia y caminó hacia afuera, tropezando incluso con el escritorio, pasando ante la mirada entre atónita y aterrada de la gorda secretaria.

El patio de estacionamiento era muy amplio y, como todos los días, estaba repleto de toda suerte de vehículos, muchos de ellos chocados, otros llevados allí incautados por las autoridades por diferentes motivos, otros que llegaban para que sus propietarios llevaran a cabo diligencias, denuncias. Y en uno de ellos, un destartalado Chevy que debía tener más años que Freitas, alguien, a

quien nadie había visto por supuesto, había colocado una caja envuelta en papel de periódico, unas diez pulgadas de largo, siete u ocho de alto y lo mismo de ancho.

Y, para que vean como son las cosas, a nadie le había parecido sospechosa aquella presencia calenturienta, hasta que un individuo, cuyo nombre no viene al caso, al parecer tuvo la idea, al verla tan sola y olvidada de todos, de arramblar con ella por si acaso algo valioso contenía y, evidentemente, la abrió, parapetado tras el Chevy y, al ver su contenido, dio tremendo chillido, arrojó la caja al suelo y salió a escape del lugar. Eso llamó la atención a uno de las docenas de viandantes que, al mirar al hombre corriendo y ver el objeto lanzado, se acercó, vio la mano asomar de la caja y avisó al primer agente que se le puso a tiro.

17

El proceso se repitió, aunque esta vez la caja, además de la negra mano que debía corresponder a un cuerpo negro que, posiblemente, debía estar muerto, a juzgar por los antecedentes, tenía un papel que rezaba:

Para el capitán Cardona, atentamente.

Huellas digitales, la expresión de burla de Hitchcock, ahora menos posibilidades de encontrar al propietario porque no había marcas que posibilitaran oficio, como en la anterior, y lo único que pudo hacer Cardona fue esperar a que llegaran denuncias de personas desaparecidas o asesinadas.

Las denuncias sucedieron a los tres días del hallazgo: un hombre negro, carpintero de oficio, de cincuenta y dos años, no había regresado a su hogar en Villa Juana desde cuatro días atrás, o sea, un día antes de la aparición de la

mano. Y esa misma tarde encontraron su cadáver que ya empezaba a descomponerse, en las lindes de un vertedero de basura al norte de la ciudad.

—Ese maldito es un loco, un maldito loco, habría que colgarlo en el parque Independencia para que... —y allí cortó Freites al ver la cara de su superior, ambos frente al cadáver del carpintero en la camilla de la morgue, el doctor Logroño mirándoles a ambos con aire preocupado.

18

—No deja usted de tener razón, teniente, porque solo a un loco se le ocurre andar por ahí matando gentes para luego cortarles la mano derecha.

—Pero... —y el capitán Cardona titubeó, confuso o molesto—, ¿qué es lo que busca? ¿Por qué lo hace?

—Porque está más loco que una cabra —insistió el teniente, satisfecho de que nada menos que un doctor le diera la razón.

—Sí, en efecto, repito: es seguro que se trata de un loco, de un sicópata —dijo el médico, para entonces añadir, mirando al detective—, pero es un loco cuyo propósito parece ser desafiarle a usted, amigo Cardona.

—O sea, doctor, que usted cree que mata por el puro placer de matar y molestar me, desafiarme.

—En efecto, es como un buen jugador de ajedrez que plantea un gambito que considera su contendor no puede responder o descifrar. Y mucho me temo que, siendo, como todo parece indicar, una persona muy inteligente, posiblemente no mate a nadie más, por lo menos por ahora, para no arriesgarse y dejarle a usted como está, ante un oscuro intrínquis casi imposible de resolver.

Cardona miró el cadáver, luego al doctor.

—Sí, es muy posible porque, viendo las cosas como van, no hay por dónde buscar, no hay pistas, no hay motivaciones que no sea lo dicho por usted, no tengo posibilidades... —se quitó el quepis, se rascó la cabeza y miró de nuevo al médico—. De todos modos, muchas gracias, doctor.

—De nada, y esta vez sí es esa frase toda una verdad porque en nada más puedo ayudarle y, sin querer ser pesimista, mucho me temo que quede esta vez un criminal suelto que, quién sabe, a lo mejor hasta se codea con usted a menudo, porque, evidentemente, le conoce y, también evidentemente, usted le cae mal.

El doctor Logroño resultó ser el Nostradamus de turno. Los días pasaron, el escándalo en la prensa empezó a decaer, no aparecieron más manos ni siquiera de maniqués; transcurrieron también los meses y el asunto del sicópata asesino y amputador de manos se diluyó hasta caer en el olvido, con lo cual a Cardona sus superiores y la prensa le dejaron tranquilo.

Tranquilo en lo exterior, porque en las noches, el detective se removía intranquilo en su cama. Una mano reptaba entre las sábanas buscando su garganta.

Y él, angustiado, despertaba buscando aire. Pero, en realidad, peor que sus pesadillas era vivir día tras día, hora tras hora, sintiendo la profunda desazón de saber que le habían burlado y, sobre todo, observando con disimulo a cualquier persona que, cercana a él, se riera, siquiera sonriera, porque, quién sabe, a lo mejor era el

asesino que se mofaba, que se gozaba al verle así, descon-
certado, humillado.

Vencido.